tre, anticipándosele, disparó contra el agente, que cayó mortalmente herido entre las ruedas del coche. Apretando con su dedo crispado por la agonía el gatillo, salió el tiro, sin causar daño á persona alguna.

—Conductor, gritaban los dos oficiales, abrid pronto!—Caballeros, dijo Morgan adelantándose, nada pretendemos contra vosotros; buscamos únicamente el dinero del gobierno. Así pues, conductor, vengan los cincuenta mil francos, y despachemos.

Dos tiros salidos del interior fueron la contestacion de los dos oficiales, quienes despues de haber procurado inútilmente abrir las portezuelas, intentaron en vano salir por las ventanillas.

Sin duda se aprovechó alguno de los tiros, pues oyóse un grito de rabia, al mismo tiempo que la llama de un fogonazo iluminó la carretera. El jefe de brigada exhaló un gran suspiro, cayendo exánime al lado de Roland. Disparó este su segunda pistola, pero nadie le contestó. Descargadas sus armas, encerrado en el interior del coche, y privado de servirse de su sable, rugia de cólera.

Durante este tiempo, obligóse al conductor, arrimándole una pistola á la oreja, á entregar el dinero: dos hombres tomaron los saquitos que contenian los cincuenta mil francos, colocándolos sobre el caballo de Leprete, que su lacayo le habia llevado ensillado, como para dirigirse á una partida de caza.

Quitándose Lepretre sus gruesas botas, púsose de un salto sobre su caballo.

—Tantas cosas al primer cónsul, M. de Montrevel! gritó Morgan. Dirigiéndose despues á sus compañeros:

—En marcha, amigos, tome cada cual por su camino. Ya sabeis el punto de reunion; mañana por la noche!...—Sí, sí, contestaron diez ó doce voces.

Dispersóse la cuadrilla como una bandada de pájaros, desapareciendo por el valle, á la sombra de los árboles plantados al borde del riachuelo que ocultaba la Casa-Blanca.

Oyóse en aquel momento el galope de los caballos, divisándose en lo alto de la pendiente la escolta, que advertida por los disparos, venia corriendo á todo escape. Llegó, no obstante, demasiado tarde, pues encontró tan solo al conductor sentado á la orilla del camino, los dos cadáveres del agente de policía y del jefe de brigada, y á Roland prisionero y rugiendo como un leon que muerde los hierros de su jaula.

V.

Contestacion de lord Greenville.

Mientras tenian lugar los hechos que acabamos de referir, de los que se ocuparon no poco los habitantes y periódicos de provincia, preparábanse en París sucesos mucho mas gra-

ves, que debian ocupar la atencion de los habitantes y periódicos de todo el mundo.

Lord Tanlay se hallaba de regreso, portador de la contestacion de su tio lord Greenville. Consistia esta contestacion en una carta dirigida á M. de Talleyrand, y una nota escrita para el primer cónsul. La carta estaba concebida en estos términos:

« Dowuing-street, 14 de febrero de 1800.

« Caballero:

« He recibido y presentado al rey la carta que me habeis dirigido por mano de mi sobrino lord Tanlay. No encontrando S. M. razon alguna para separarse de las formas desde larguísimo tiempo establecidas en Europa para tratar con los estados extranjeros, me ha ordenado remitiros en su nombre la contestacion oficial que incluyo.

« Tengo el honor de ser con la mas alta consideracion vuestro muy humilde y obediente servidor

« GREENVILLE. »

La contestacion era seca, la nota precisa. El primer cónsul habia escrito un *autógrafo* al rey Jorge, y el rey Jorge, *no queriendo separarse de las formas establecidas en Europa para tratar con los estados extranjeros*, contestaba por una simple nota, escrita por un secretario cualquiera, por mas que llevase la firma de Greenville. La nota era tan solo una larga recriminacion contra la Francia, contra el espíritu de desórden que la agitaba, manifestándose los temores que inspiraba á toda la Europa, y la necesidad de reprimirlo en que se hallaban, para atender á su propia conservacion, todos los soberanos reinantes. Era, en suma, la continuacion de la guerra.

Brillaron los ojos de Bonaparte al leerla, con aquella llama que precedia en él á los grandes acontecimientos, como precede el rayo á la tempestad.

—Esto es, caballero, dijo volviéndose á lord Tanlay, todo lo que habeis podido conseguir?—Sí, ciudadano primer cónsul.—No habeis pues enterado verbalmente á vuestro tio de todo lo que os encargué?—Sin olvidar una sola sílaba.—No le habeis dicho que vos habitais hace dos ó tres años en Francia, que la habeis visto, la habeis estudiado, que es fuerte, poderosa, feliz, y que aun cuando desea la paz, está preparada á la guerra?—Todo esto le he dicho.—No añadisteis que es una guerra insensata la que nos están haciendo; que el espíritu de desórden de que hablan, y que no es otra cosa que la exageracion de la libertad por tan largo tiempo comprimida, conviene encerrarlo en la misma Francia, por medio de una paz universal; que esta paz es el único cordon sanitario que puede impedirle salir de nuestras fronteras; que mientras arda en Francia el volcan de la guerra, se extenderá como una lava por todo el mundo? La Italia es libre, dice el rey de Inglaterra; pero libre de quién? De sus libertadores; la Italia es libre, mas por qué? porque yo con-

quisto el Egipto, desde el Delta á la tercera catarata; la Italia es libre, porque yo no estoy en Italia; pero dentro de un mes puedo yo estar en Italia, y para conquistarla desde los Alpes al Adriático, me basta una sola batalla. Que creeis está haciendo Massena defendiendo á Génova? Me está aguardando. Ah! los soberanos de Europa necesitan la guerra para asegurar sus coronas! pues bien, milord, yo os prometo conmover tan violentamente la Europa, que las coronas han de temblarles en las sienes. Tienen necesidad de la guerra! aguardad. Bourrienne! Bourrienne!

Abrióse precipitadamente la puerta de comunicacion entre el gabinete del primer cónsul y el de su secretario, presentándose Bourrienne tan alarmado, al parecer, como si Bonaparte hubiese pedido socorro. Encontró al primer cónsul muy exaltado, con la nota diplomática en una mano, y golpeando con la otra la mesa de despacho, y á tres pasos de él, á lord Tanlay, impasible, mudo y en pié. Comprendiendo desde luego que la contestacion de Inglaterra habria sido la causa de la exaltacion que en el primer cónsul observaba:

—Me habeis llamado, general? dijo.—Sí, contestó el primer cónsul, tomad la pluma.

Y con voz breve y entrecortada, sin parar la menor atencion en las palabras, y como si por el contrario se amoldasen estas á sus ideas, dictó la siguiente proclama:

«Soldados!

«Al prometer la paz al pueblo francés, he sido el intérprete de vuestros deseos. Demasiado conocido me es vuestro valor. Sois los mismos que conquistaron el Rhin, la Holanda, la Italia, y que ajustaron la paz al pié de los muros de Viena, llena de asombro.

«Soldados! no son ya nuestras fronteras lo que conviene defender, es preciso invadir los estados enemigos.

«Soldados! cuando sea la ocasion, estaré entre vosotros, y la Europa admirada reconocerá que sois de la raza de los valientes!»

Levantó Bourrienne la cabeza, aguardando la conclusion de la proclama.

—Está concluida, dijo Bonaparte.—Añadiré las palabras sacramentales: *Viva la República?*—Por qué me lo preguntais?—Porque hace cuatro meses que no hemos escrito proclamas, y tal vez podria esta no ajustarse á las fórmulas ordinarias.—Está bien así, repuso Bonaparte, nada debeis añadir.

Y tomando una pluma, puso su firma al pié de dicha proclama.

Devolviéndola despues á Bourrienne:

—Que se publique mañana en el *Monitor*, le dijo.

Salió Bourrienne, llevándose la proclama.

Quedó Bonaparte con lord Tanlay, paseándose por el cuarto como si hubiese olvidado su presencia; mas parándose de repente delante de él:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—Milord, le dijo, creeis haber conseguido de vuestro tio todo lo que habria podido conseguir otro en vuestro lugar?—Mas, ciudadano primer cónsul.—Mas, mas; qué habeis conseguido pues?—Me parece que el ciudadano primer cónsul no ha leido la nota con toda la atencion que se merece.—Bah! dijo Bonaparte, la sé de memoria.—Con todo, el ciudadano primer cónsul no se ha detenido en la verdadera significacion de cierto párrafo.—Lo creeis así?—Estoy seguro de ello; y si el ciudadano primer cónsul me permitiese leerle el párrafo á que acabo de aludir.....

Abrió Bonaparte la mano que tenia apretada la nota, y presentándola á lord Tanlay:

—Leed, le dijo.

Tomó sir John la nota, que parecia serle familiar, y recorriéndola con la vista, detúvose en el párrafo décimo y leyó:

«La mejor y mas segura garantía de la realizacion de la paz, no menos que de su duracion, seria el restablecimiento de los principios que, durante tantos siglos, han proporcionado á la nacion francesa la prosperidad en el interior y la consideracion y respeto de los demás pueblos. Este suceso habria desvanecido, y desvanecerá en todos tiempos, los obstáculos que se oponen á las negociaciones y á la paz; afianzaria á la Francia la tranquila posesion de su antiguo territorio, y procuraria á las otras naciones de Europa, por medio de la tranquilidad y el sosiego, la seguridad que ahora se ven obligadas á buscar por otros medios.»

—Bueno! y qué? exclamó impaciente Bonaparte; lo habia bien leido y perfectamente entendido. Resignaos á ser un Monck, trabajad en beneficio de otro, y se os perdonarán vuestras victorias, vuestra fama, vuestro genio: consentid en rebajaros, y se os permitirá ser grande!—Ciudadano primer cónsul, contestó lord Tanlay, nadie conoce mejor que yo la diferencia que vá de vos á Monck, y cuanto le aventajais en genio y celebridad.—Por qué me leeis pues este párrafo?—Os lo he leido, repuso sir John, para suplicaros que fijeis bien la atencion en el que le sigue.—Veámoslo, dijo Bonaparte con una impaciencia mal reprimida.

Sir John prosiguió:

«Pero, por mucho que la Francia y el mundo entero puedan desear semejante restablecimiento, no limita S. M. exclusivamente á este medio la posibilidad de una paz sólida y segura.»

Sir John acentuó con marcada intencion las últimas palabras.

—Ah! ah! exclamó Bonaparte, acercándose precipitadamente á sir John.

El inglés siguió leyendo:

«No tiene S. M. la pretension de describir á la Francia cuál haya de ser la forma de su gobierno, ni en qué manos haya de depositarse la autoridad necesaria para dirigir los destinos de una gran nacion.»

Volvedlo á leer, caballero, dijo vivamente Bonaparte.—Leedlo vos mismo, contestó sir John.

Y le entregó la nota que Bonaparte leyó con la mayor atencion.

—Sois vos, caballero, quien hizo añadir este párrafo?—A lo menos, insistí hasta que se hubo puesto.

Bonaparte se puso á reflexionar.

—Teneis razon, dijo finalmente, hemos adelantado un gran paso; el restablecimiento de los Borbones no es una condicion *sine qua non*. Me aceptan, no solo como influencia militar, sí que tambien como poder político.

Tendiendo luego la mano á sir John:

—Teneis algo que pedirme, caballero?—Lo único que ambiciono os ha sido ya pedido por mi amigo Roland.—Y yo le he contestado que me seria muy grato veros esposo de su hermana; si yo fuese mas rico, ó vos lo fueseis menos, me ofreceria á dotarla; pero me consta que vuestra fortuna basta para dos personas, y aun, añadió con una sonrisa, mucho le sobra. Os dejo pues el placer de hacer no solo feliz, sí que tambien rica, á la mujer que ha merecido vuestro amor.

Llamó entonces á Bourrienne, quien, presentándose:

—Ha salido, general, dijo.—Bien, contestó el primer cónsul, no os llamaba por esto.—Aguardo vuestras órdenes.—A cualquier hora del dia ó de la noche que se presente lord Tanlay, tendré particular gusto en recibirle, sin que tenga que aguardar un instante: oís, querido Bourrienne? oís, milord?

Inclinóse lord Tanlay en señal de agradecimiento.

—Ahora, prosiguió Bonaparte, como presumo que tendreis prisa para regresar al castillo de Fuentes-Negras, podeis partir cuando gusteis; una sola condicion exijo.—Cuál, general?—Si os necesitase para una nueva embajada.....—Esto no es una condicion, ciudadano primer cónsul, es un favor.

Inclinóse lord Tanlay y salió. Acompañóle Bourrienne hasta la puerta, á cuyo umbral acababa de aparecer el prefecto de policía.

—Qué hay de nuevo, ciudadano Fouché? preguntó Bonaparte; traeis el semblante muy demudado; habríanme quizás asesinado?—Ciudadano primer cónsul, contestó el prefecto, me parece que dais grande importancia á la destruccion de las partidas de bandoleros que han tomado el nombre de compañeros de Jehú.—En efecto, como que envié en su persecucion al mismo Roland. Se ha recibido alguna noticia?—Sí.—Quién la ha comunicado?—El jefe de los bandoleros.—Cómo el jefe?—El mismo: ha tenido el atrevimiento de comunicarme el resultado de su última expedicion.—Contra quién?—Contra los cincuenta mil francos que mandasteis remitir á los monjes de San Bernardo.—Qué ha sido de ellos?—De los cincuenta mil francos?—Sí.—Han caido en manos de los compañeros, cuyo jefe me anuncia que se hallarán muy luego en poder de Cadoudal.—Entonces Roland habrá sido muerto?—No.—Es posible?—Lo ha sido mi agente y el jefe

de brigada, Saint-Maurice; pero vuestro ayudante de campo se encuentra sano y salvo.—Se vá á ahorcar, dijo Bonaparte.—Es inútil; se romperá la cuerda, no ignorais su mucha suerte.—O su mucha desgracia: dónde está el parte?—La carta querreis decir?—Carta, parte, ó lo que sea, por dónde habeis sabido estas noticias.

Presentó el prefecto de policía al primer cónsul un billete elegantemente metido en un sobre perfumado.

—Qué es esto?—Lo que me pedís.

Bonaparte leyó:

«Al ciudadano Fouché, prefecto de policía, París.

«Ciudadano prefecto, tengo el honor de anunciaros que los cincuenta mil francos destinados á los monjes de San Bernardo han pasado á nuestras manos en la tarde del 25 de febrero de 1800 (contando á la antigua), y que dentro de ocho dias estarán en poder del ciudadano Cadoudal.

«No ha ocurrido novedad particular, si exceptuais la muerte de vuestro agente y del jefe de brigada Saint-Maurice; en cuanto á Mr. Roland de Montrevel, tengo la satisfaccion de deciros que no le ha sucedido la menor desgracia. No podia yo olvidar que fué él quien me introdujo en el Luxemburgo.

«Os escribo, ciudadano prefecto, porque presumo que, ocupado M. Roland de Montrevel en perseguirnos, no podrá hacerlo en seguida.

«Pero no dudo que al primer momento de descanso recibireis el parte que os dirija, explicándoos todos los detalles, que yo me veo precisado á omitir.

«En cambio de este servicio, os suplico, ciudadano prefecto, que me presteis otros: que tranquiliceis sin pérdida de tiempo á madama de Montrevel, asegurándole que su hijo se halla sin novedad.

«Casa-Blanca, carretera de Macon á Lyon, el sábado á las nueve de la noche.»

—Ah pardiez! dijo Bonaparte, vaya un bribon atrevido!

Y luego con un suspiro:

—Qué capitanes y coroneles tendria yo en esos hombres! añadió.—Tiene el primer cónsul algo que mandarme, preguntó el prefecto de policía.—Nada; esto es cuenta de Roland, está en ello comprometido su honor, y toda vez que no ha muerto, dejémosle que tome su desquite.—El primer cónsul se desentiende pues de este asunto?—Sí, por ahora á lo menos.

Volviéndose despues á su secretario:

—A cosas mas sérias tenemos que atender nosotros, dijo; no es verdad, Bourrienne?

Hizo Bourrienne con la cabeza una señal afirmativa.

—Cuándo desea verme el primer cónsul? preguntó el prefecto de policía.—Esta noche, á las diez; dentro de ocho dias cambiaremos de habitacion.—Dónde pensais trasladaros?—A las Tullerías.

Hizo Fouché un movimiento, que revelaba toda su sorpresa.

—Es contra vuestro parecer, ya lo sé, dijo el primer cónsul; pero no os quedará otro recurso que obedecer.

Fouché saludó disponiéndose á salir.

—A propósito! dijo Bonaparte.

Volvióse Fouché al oir estas palabras.

—No olvideis enterar á madama de Montrevel de que su hijo se halla sano y salvo; es lo menos que podeis hacer por el ciudadano Morgan, despues de la atencion que ha tenido con vos.

Volvió en seguida la espalda al prefecto de policía, que se retiró mordiéndose los labios hasta hacer brotar la sangre.

VI.

Primeras pesquisas.

Hemos visto la situacion en que encontró á la posta de Chambery la partida del 7.º de cazadores, que debia servirle de escolta.

Su primera operacion, al llegar, fué remover el obstáculo que mantenia encerrado á Roland, quien, despues de arrancado el candado, salió del coche como un tigre de la jaula.

Roland, cazador y soldado, no tenia mas que una idea; seguir la pista á los compañeros de Jehú, guiado por las huellas que su presencia habia dejado impresas en el terreno, cubierto, como hemos dicho, de nieve. Vióles internarse siguiendo la direccion de Thoissey; pero conoció desde luego la imposibilidad de adelantar por aquel camino, sabiendo, como sabia, que á muy corta distancia tenia que interponérseles el Saona, y que para atravesarlo no les quedaba otro medio que los puentes de Belleville y de Macon. Mandando, pues, á la escolta y al conductor que le aguardasen en la carretera, empezó, solo, á pié y sin cuidarse siquiera de cargar sus pistolas, á seguir las huellas de Morgan y de sus compañeros. No se habia equivocado: á un cuarto de legua de la carretera encontraron los fugitivos el Saona, y deteniéndose á la orilla para deliberar, segun lo indicaban claramente las pisadas de los caballos, se dividieron en dos grupos, remontando el uno la márgen del rio hasta el puente de Macon, y continuando el otro en direccion opuesta, hácia el de Belleville.

Echábase fácilmente de ver que el objeto de esta separacion no era otro que el de desorientar á sus perseguidores, en el caso de que fuesen perseguidos.

Habia Roland oido la cita dada á los compañeros por su jefe: « Mañana por la noche, donde sabeis. » Persuadióse por lo tanto de que cualquiera que fuese el grupo á cuyo seguimiento se lanzáse, ora se decidiese por los que ha-